

MUSEO BALEAR.

MUSEO BALBAR

MUSEO BALEAR

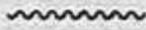
DE

Historia y Literatura, Ciencias y Artes.



AÑO III.—TOMO IV.

(1.^{er} Semestre de 1877.)



PALMA DE MALLORCA.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÀFICO DE PEDRO J. GELABERT.

Imprenta, 2.

MUSEO BALEAR

DE

Historia y literatura, ciencias y artes.



AÑO III.-TOMO IV.

(1.º semestre de 1877.)



PAJMA DE MALLORCA.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE PEDRO J. CELABERT.

Imprenta, 2.

MUSEO BALEAR

DE

HISTORIA Y LITERATURA, CIENCIAS Y ARTES.

EL MUSEO BALEAR.

1877.

Transcurren los años y merced á la pública indulgencia, prosigue nuestro periódico sus inofensivas, sino meritorias tareas. Su sola existencia es infalible signo de la necesidad que siente el pais de dar culto al espíritu y tréguas al afán de material mejoramiento. Conténtase por cierto con la escasa mies de verdades y bellezas que le presentamos: no nos requiere mayor diligencia ni alcance; pero admite nuestras ofrendas como quien ha menester el alimento de una lectura propia más ó ménos sabrosamente sazónada. Tal proteccion muévenos á gratitud, mas léjos de lisongear nuestra suficiencia, sonroja la inferioridad á que nos deja reducidos; porque nos obliga á reconocer que no igualamos con nuestros merecimientos la benevolencia de nuestros conciudadanos.

No queremos alhagar nuestra vista deteniéndola en repasar los documentos que hayamos desenterrado, las dudas históricas que hayamos esclarecido, ó en recontar nuestros versos, narraciones, ilustraciones ó críticas. Ese conjunto basta para acreditar la sinceridad de nuestros deseos, para justificar la rectitud de nuestros propósitos, y si se quiere,

Año III.—Tomo IV.—N.º 1.—15 Enero 1877.

para augurar más valiosos resultados: pero no disculpa la tibieza de nuestro ahinco en recoger, y aglomerar mejores y más abundantes frutos, y en comunicar á nuestra publicación más unísono y acelerado movimiento. Hemos prometido únicamente el trabajo de nuestros ocios, hemos renunciado á toda especialidad, teniéndola por insostenible: hemos huido de toda tendencia limitada y exclusiva para ser más generalmente útiles: hemos embotado el acero de las polémicas, para no enconar las harto encarnizadas discordias; nos hemos vedado las discusiones de temas candentes para desviar las inteligencias hácia las meditaciones de la paz; nos hemos abstenido de acoger ensayos inmaduros, y á trueque de suscitar sinsabores, hemos depurado nuestras páginas con criterio, sino certero, desapasionado. Títulos son estos para grangearnos la tolerancia de los pensadores: pero quisiéramos y debiéramos conseguir más: ejercer influencia eficaz en la juventud, levantando entre ella cohortes que vengan á formar en nuestras filas, á seguirnos y á reemplazarnos, inspirar afición más viva á las buenas lecturas, excitar el sentimiento patrio y trocar la aterida indiferencia y el desmayado desaliento que se tienen aquí por endémicos contagios, en ardiente entusiasmo para acometer las múltiples empresas que aguardan en el porvenir inteligencias previsoras y corazones audaces.

Aspiramos, aunque por sueño se tenga nuestra aspiración, á contribuir á que se escriba la historia del país, á que se estudie y cultive y propague su rico idioma, á que se eduque y extienda el natural buen gusto que para letras y artes ha concedido la generosa Providencia á los baleares; á que se forme entre nosotros un teatro propio, espejo de las antiguas y modernas costumbres de las islas, y á que se estimen mejor las naturales riquezas artísticas que este suelo atesora, y los variados talentos que en él abundan y sobresalen. Una mal aconsejada modestia induce á los hombres de inteligencia y arte de las provincias á reconocer superioridad preconcebida y como innata en las llamadas hoy eminencias de las primeras capitales. Cierto es que á estas afluye con lamentable frecuencia la juventud

más apta, como se amontonan en sus mercados las frutas más exquisitas y los más primorosos artefactos. Cierto es que la múltiple variedad de medios de educación y el roce mismo de los ingenios y la elevación de miras ingénita en los que se acostumbran á ver desde lo alto, engendran cierta superioridad en los que profesan y cultivan ciencias, letras ó artes en los centros populosos. ¡Cuántos talentos, no obstante, nacen y crecen más vigorosos y sanos en provincias, cuántos tallos más esbeltos, cuántas flores más delicadas, se pierden en la soledad y en el desierto! La centralización absorbente, vertiginosa, arrebatada al pintor, al arquitecto, al dramaturgo así que asoman en las poblaciones modestas y les arrastra al torbellino de las grandes capitales en donde ó se sepultan en el abismo de la indiferencia nacional, con el pequeño tesoro de su ingenio que en su tierra natal les hubiera cercado de relativa gloria, ó si venciendo innumerables falanges de rivalidades sobrenadan con el ramo de laurel en la mano, poco tiempo le alzan á la espectación de su patria ó de la Europa, porque ó sus desmesurados esfuerzos han desmoronado su vida, ó surge tras ellos otro inesperado ídolo que les arrebatada la mudable y casi inconsciente adoración de apasionados que se cuentan por millones. Hoy la fama está sujeta á las corrientes eléctricas, y los sensatos que no abandonan sus hogares para disputársela, suelen desconocer su propia valía, y desconfiar hasta del criterio de sus hermanos. Tenemos por muy controvertibles los derechos que las capitales se arrogan de conceder ó negar lauros al talento, porque conservamos más fé en la claridad de juicio que permite el retiro provinciano, que en la perturbada ilustración de los censores de Córte.

La vida intelectual y artística debe renacer en las provincias: no para crear plantel que vaya á enriquecer las capitales, sino para distribuir con mejor equidad las fuerzas en el Estado. Deben aspirar las ciudades secundarias á poseer hombres de mérito en todas las esferas; instituciones cultas, y elementos de poder y de gloria, compitiendo noblemente entre sí y con el comun centro donde acaso se

aunen y congreguen. Solo así es dable á nuestro juicio constituir una gran patria digna de admiracion razonada y duradera. Los ejemplos de la Grecia antigua, de las ciudades italianas y de la moderna Alemania acreditan bien cuantas grandezas caben en pequeñas poblaciones. Con ellas debiera reanimarse nuestro pais, juntando y concertando á sus muchos hijos insignes, y proclamar con enérgica voluntad esta resolucion. «En la tierra balear han de florecer ciencias, letras y artes.» ¿Qué mayor recompensa para el MUSEO que haber profetizado ó señalado el advenimiento de tan venturoso porvenir?

JOSÉ LUIS PONS.

RECUERDOS DE MIRAMAR.

En los momentos en que Miramar atrae las miradas de los curiosos por la gran transformacion que ha sufrido en breve tiempo la que fué morada del inmortal Raimundo Lulio, no dejará de tener oportunidad la insercion de algunos documentos históricos que nos dan idea de las vicisitudes por que pasó aquel venerando lugar, durante la última mitad del siglo XVI. Son las ordinaciones hechas por el Diocesano en sus visitas espirituales giradas durante la mencionada época. La primera es la que hizo el ilustrísimo Sr. D. Diego de Arnedo, obispo de Mallorca, el dia 27 de Julio de 1562, cuando el venerable P. Antonio Castañeda, el sabio y prudente director espiritual de la beata Catalina Tomas, era dueño temporalmente de aquel monasterio y amaestraba en la vida contemplativa á varios jóvenes consagrados al servicio de Dios en aquella poética soledad. En dicho documento se dice que la ermita poseia un censo de ocho libras mallorquinas, doce cuarteras de grano, treinta cuartanes de aceite y diez quintales de paja, con más las viñas y otras tierras labrantías adyacentes á la casa. El celo y el esmero que el venerable P. Castañeda tenia por la limpieza, ornato y conservacion de la casa del Señor nos esplica el que S. S. I. nada tuviese que prevenir en su visita, cuyo contenido es el siguiente:

Die XXVII mensis Julii anno MDLXII.

Dictis die et anno visitavit sua Rev.^{ma} dominatio Ecclesiam Sanctissimæ Trinitatis in loco de Deyá, seu termino de Valldemossa, quæ per litteras regias fuit ad tempus concessa fratri Antonio heremitæ et sociis suis, ut ibi vitam heremiticam trahant, sub jurisdictione loci ordinarii vivendo, cui obedientiam debitam præstare tenentur, quæ domus Sanctissimæ Trinitatis habet in annuis redditibus octo libras, et duodecim quarterias frumenti, et xxx quartanos olei, et decem quintalia paleæ, ac vineam et terras circa dictam domum.

Et primo visitavit locum in quo reconditur Sanctissimum Sacramentum quod invenit bene stare.

Item. Visitavit alia altaria Ecclesiae et illa invenit satis bene ornata existere.

Item. Visitavit domos omnes dictae Ecclesiae Sanctissimae Trinitatis quas satis bene condirectas stare invenit.

La segunda visita fué girada por D. Juan Torres, presbítero, doctor teólogo, y vicario general del Illmo. Sr. Obispo D. Juan Vich y Manrique, en 9 de Setiembre de 1591. En este tiempo habia fallecido ya el P. Castañeda y presidia aquella reverenda Comunidad el P. Domingo Lárez, presbítero. La disciplina monástica brillaba todavía en Miramar, como lo dice muy claro el Sr. Visitador en el acta de su visita, limitándose á consignar que todas las cosas se hallaban decentes y en buen estado. No continuamos el contenido del acta porque se halla redactada casi en los mismos términos que la ya citada del año 1562.

La tercera y última de las visitas que se ha conservado en el archivo de la Curia Eclesiástica, hecha por D. Gerónimo Agustin Morlá, doctor teólogo y visitador espiritual por S. S. I., lleva la fecha de 9 de Octubre de 1599. Por ella se vé que el monasterio, que tan floreciente se hallaba ocho años ántes, no sólo habia desaparecido y la casa pasado al dominio del reverendo Onofre Nebot, presbítero, doctor teólogo, si que tambien se hallaba en el más lastimoso estado de decadencia, sin que se supiese como, ni en virtud de que documento dicho señor poseia el oratorio que, durante la mayor parte del tiempo, se hallaba encargado á una mujer de servicio; por cuyo motivo el Sr. Visitador mandó retirar la Reserva, disponiendo que el sacerdote que celebraba allí consagrarse las formas necesarias para satisfacer la devocion de las personas piadosas que asistiesen á ella y quisiesen comulgar, como lo hacian entónces los romeros. Igualmente sabemos por las citadas ordinaciones, que en el templo de Trinidad se celebraban las fiestas del Santísimo Sacramento y las propias de la Semana Santa, á donde irian de seguro, en devota y ordenada procesion, los vecinos de Deyá y de Valldemosa el juéves Santo, cuando se generalizó la devocion al santo Cristo de la Sangre y la procesion de este dia vino á sus-

tituir al drama sacro. He aquí el articulado de las indicadas ordenaciones:

«Primo, visitá lo Sanctíssim Sagrament y trobá aquell en capsa y sagrari prou decentment. Pero vist y considerat que no stanthi en dita casa certs hermitans, preveres, los quals de continuo habitavan en aquella, si que es possehida per particular, á be que prevere y theólech lo reverent mestre Onofre Nebot, y lo dit possehidor no sta tant de continuo en aquella, que hi falta molts dies y en aquells la dita yglesia y casa resta ab una sola dona de servici, y attés encara que en dita yglesia no hi ha de ordinari lum perpetuo, com es necessari per el Sanctíssim Sagrament; et alias, considerat y advertit lo de considerar y advertir, ordená, ab virtut de la present visita, que de aquí avant en dita yglesia no stiga reservat lo Sanctíssim Sagrament, y si alguna persona per sa devoció, visitant la dita yglesia, voldrá combregar en aquella, be podrá lo prevere qui en aquella celebra consagrar, servatis servandis.»

«Item visitant totes les altres coses de la dita yglesia, attés que los angelets de la custodia del Sanctíssim Sagrament no tenen ales, que los fassen les ales necessaries y sien reparats com convé, dins de quatre mesos.»

«Item visitá la tomba del monument del dijous Sant, y attés que es demassuada gran, desforjada y desfeta, ordená ques fassa una tomba mes xicha, convenient y adonosa, de bon llenyam y ben tancada.»

«Item attés no ha trobat inventari de les coses de la dita yglesia y casa de aquella, segons stava ja manat en la visita passada, sa senyoria ordená y maná ques fassa lo dit inventari y copia de aquell aucténtica, dins de un mes, sots pena de tres lliures irremissiblement exigidores del possehint dita yglesia y casa, y se adimplescha lo ara sobre de assó ordonat en dita visita.»

«Item visitada tota la dita yglesia y casa de aquella, attés que tota la taulada de la yglesia se plou, ordená y maná que dins de un mes sia correguda tota, sots pena de quaranta sous, et ex consequenti, lo possehidor qui ara es de la dita yglesia y per temps será, sia obligat en posar y

posa en conservació de la dita yglesia y casa de aquella, cascun any, quatre lliures moneda de Mallorca.»

«Finalment ordená y maná que totes les ordinacions, axí en la present visita com en totes les altres passades, tant en la parrochial com en la dita de Trinitat y sufragánea, totes les quals no son stades per alguna causa ó rahó revocades ó en alguna manera enmendades, sien ad unguem observades, sots les penes en cada una delles respective apposades. Advertint al reverent Rector que tenga gran ull y diligencia en que dites visites sien observades y ordinacions de aquelles adimplides, sots pena á dita sa senyoria ben vista en cas de negligencia de aquell.»

Habiendo pasado el templo que nos ocupa al dominio particular, y no hallando ya en él los fieles el aliciente del aseo y del esplendor del culto que hasta entónces habian sostenido su piedad, fué debilitándose en Mallorca el fervor por las romerías á Trinidad y hasta llegaron á borrarse los recuerdos que habia dejado en aquel santuario el Bto. Lulio por sus penitencias, ejemplar humildad y excelentes escritos que le valieron la fama y reputacion de doctor iluminado. En el siglo XVII el Sr. Obispo en sus visitas espirituales ya no visitaba en Trinidad más que un oratorio particular, y, en el XVIII, pasaba sin pararse en él. Tocante al presente siglo es sabido que, á mediados del mismo, el que fué lugar de retiro no era más que un monton de ruinas, cuya vista debió affigir en extremo el piadoso ánimo del ilustre príncipe que no sólo ha restaurado el edificio si que tambien se propone dejar una memoria imperecedera del aprecio con que mira los recuerdos que dejó en Miramar el Bto. Raimundo Lulio.

JOSÉ RULLAN, PRO.

LAS GERMINACIONES.

La tierra, esa sustancia empapada en jugos misteriosos que todo lo descomponen, materia orgánica ó inorgánica, para convertirlo en tierra, y que se descomponen á sí mismos para transformarse en las savias de todas las plantas, en los matices de todas las flores y en todos los aromas de flores, frutas y maderas; el aire, que vierte el rocío, que lleva las nubes, las semillas, las hebras de los nidos de un lado á otro; el sol, que caldea aire y tierra, troncos y músculos, no son más que elementos de germinacion, que, como llegan á todas partes, producen la fecundidad en todas partes. Nada hay estéril en la creacion; la palabra estéril es una redundancia del lenguaje humano. Los fondos siempre cubiertos por el mar se extienden en prados de algas; los escollos cubiertos y descubiertos por las olas se visten de yerbas; en el fondo de los valles crece la gran vegetacion; ondulan las mieses en los llanos; y en las cumbres, las rocas se visten de musgos que taladran con sus tenues raíces la piedra impenetrable al hierro. Hasta en la nieve brotan plantas. Ni la cal puede esterilizar los muros, de cuyas grietas penden las parietarias; ni el fuego puede esterilizar la tierra, y en los tejados brillan hojas y flores. En el corazon de la encina nacen generaciones de insectos; otras se abrigan debajo de la corteza, sustento de una parásita que envuelve el ramaje, en cuya copa, al calor maternal germinan embriones de pájaros: es la fecundidad amontonada.

El hombre, semilla de la creacion, reúne todas las fecundidades, todas las germinaciones: sus huesos, germinacion de las rocas; su carne, tierra viva; su sangre, esencia de todas las savias; su cabellera, germinacion de raíces; su color, fermentacion de todos los colores en uno sin semejante y sin nombre; su voz, armonía germinal de todas

las armonías; su mirada, elemento de relámpago, de rayo, de centella; su pupila, radiación de astro, sombra de crepúsculo, tinieblas de la noche; su pensamiento, ascua generadora de llama y de cenizas; su sentimiento, levadura de tempestades; su inteligencia, germinación de alas; su corazón, semilla de su ser, semilla de semilla, germen de ángeles y demonios.

Reclinadas en el espléndido césped de un jardín estaban dos jóvenes, sin duda hermanas por rasgos comunes de sus semblantes, que no se parecían. La una llevaba medio luto, la otra le enseñaba un puñado de trigo, diciendo:

—Quiero ver cómo germina; lo sembraré, y cada tarde arrancaré un grano para ver las raíces.

—¿Y qué habrás conseguido?

—Saber como nacen y arraigan las cosas. Quiero verlo todo; para eso me ha dado Dios los ojos grandes.

—Pues apesar de tenerlos tan grandes y tan vivos no verás crecer las raíces ni los tallos; tu empresa es loca.

—Tal vez lo sea yo, y no tiene remedio. Quiero verlo todo. No soy como tú que nunca abres bien los párpados; parece que te sobra vista y luz. No comprendo que haya gente á quien moleste la luz, éter que el espíritu respira. Las persianas y las cortinas son invenciones de almas éticas, y me producen el efecto de un abrigo que me sofocase la respiración.

—Si sufrieses el dolor de haber perdido á tu esposo, buscarías como yo la sombra, que parece sustraernos del mundo.

—Pero todo se amortigua, y ya es tiempo de que vuelvas á la paz del alma y á la alegría, que tan bien te sentaba.

—Siempre queda un triste recuerdo y el amor sin esperanza, porque sabes que niuguna mujer de nuestra familia ha olvidado nunca, ni ha amado dos voces.

—Es verdad.

Las dos jóvenes quedaron silenciosas. La viuda se enjugó los ojos; su hermana, con una llave, aró un palmo de tierra, esparció el trigo en los pequeños surcos, y despues

de haberlo cubierto, tendió la mano á su hermana para ayudarla á levantarse, y le dijo:

—Atanasia, vamos á vestirnos, porque es hora de ir al paseo.

—Sabes cuánto me molesta ir á los sitios en que todos se divierten ménos yo; sólo por complacerte y acompañarte hago el sacrificio.

—Te distraerás sin querer, y yo haré una conquista hoy que he sembrado el trigo.

—Me alegraré, si ha de ser para tu felicidad.

Atanasia y Augusta subieron por una escalinata de mármol, y se perdieron entre las columnas del vestíbulo.

El paseo favorito era un bosque de altos y corpulentos árboles, que mantenían la sombra y la frescura en las calles rectas y tortuosas que en todas direcciones se cortaban. Bajo aquellas bóvedas de ramas había una luz suave, abriantada por el polvo de sol que las hojas, siempre en movimiento, cernían sobre la menuda arena, en que temblaban los golpes de luz y de sombra, flores movibles de mágico tapiz.

En lo alto resonaba el continuo batir de las hojas y el canto de las aves, y del suelo se levantaba, al crugir de los granos de arena comprimidos, la tenue armonía de los pasos, que llegaba al alma, más que por el oído, por la sensación de temblor, leve sacudimiento que produce un fluido acústico.

El suelo, la luz, el ambiente, el cielo, visto por los claros del ramaje, los grupos de verdura que oprimían la mirada, los horizontes que se distinguían al fin de las calles, como en el largo tubo de un anteojo, dilatában y comprimían el espíritu en un vaiven que le imanta á punto de todas las fecundidades.

El paseo no estaba aún concurrido: sólo aparecían y se ocultaban entre la arboleda algunos impacientes por abandonar su techo; algun solitario que, huyendo de sí mismo,

dejaba el hogar para ir á reunirse con su sombra, que á la caída de la tarde le abandonaba; algun amante á quien se había adelantado el reloj del corazon, y creía que se le atrasaba el de bolsillo.

Un hombre, que aún no aparentaba veinte y cinco años, discurría solo por entre los árboles. Se paraba á mirar á los gorriones, que en las copas de los olmos y los pinos levantaban escandalosa gritería, y observaba el fondo de las espesuras en que oía algun ruido; en su indolente marcha volvía en las encrucijadas siempre los recodos. El talle plegado, los hombros caídos y el paso incierto, revelaban la dejadez del espíritu.

Por el extremo de la alameda aparecieron Augusta y Atanasia. En sus ademanes se conocía que llevaban una de esas conversaciones ligeras que sin absorver la inteligencia ni el corazon ventilan el alma. En el centro de la alameda se cruzaron con el desconocido, y unos á otros se dirigieron una mirada indiferente. Ellas, sin suspender su conversacion, tomaron una calle de la izquierda; él, con el mismo paso indolente volvió hacia la derecha.

Media hora despues, las dos hermanas seguían una alameda, y el solitario venía por la transversal. No se veían; pero ajustaban sus pasos y distancias tan exactamente que un observador hubiera temido que tropezasen los unos con los otros en el crucero. Cuanto más se acercaban al vértice más se igualaron las distancias, y la pareja y el desconocido coincidieron en el ángulo, sin notarse hasta la inminencia del choque; los tres se detuvieron y se miraron. El caballero se descubrió dando un paso atrás para ceder el camino. Atanasia inclinó la cabeza en un saludo ceremonioso; Augusta añadió á su graciosa inclinacion una de esas sonrisas de gratitud con que las damas exquisitas premian toda galantería delicada. Las hermanas continuaron con el paso descompuesto; el solitario quedó fijo mirándolas, y despues las siguió de lejos.

Las dos jóvenes recobraron la regularidad en su marcha, volviendo á acercarse la una á la otra, y á seguir á la par.

—Atanasia, ¿quién será ése?

—No le conozco.

—Nos sigue.

—¿Te has vuelto á mirarle?

—No.

—Pues te equivocas. ¿Por qué nos ha de seguir?

—Créeme, nos sigue.

—¿Oyes sus pasos?

—Me parece que sí.

Las dos hermanas, al retirarse, desde el umbral se volvieron para mirar á la gran plaza.

En el lado opuesto, con la vista en las esculturas superiores del palacio, estaba el galan desconocido.

—Observa la arquitectura; será albañil, dijo Atanasia con una sonrisa de desden.

Augusta frunció el ceño.

Apesar de la distancia, las dos jóvenes habían sabido distinguir, con vista de lince, á dónde miraba el rondador. Nuestros ojos ofrecen el fenómeno de ver de lejos lo imperceptible, como por vidrios de portentoso aumento, mientras que otras veces no distinguen los dedos de la mano.

Las dos hermanas estaban sentadas en el césped; Augusta removía la tierra con un punzon de marfil, pero maquinalmente, como si el pensamiento no estuviese en la faena de las manos. Atanasia miraba la operacion, sin verla. Despues de un prolongado silencio, Augusta, volviéndose á su hermana, le dijo:

—¿Cómo se llamará?

—¿Quién?

—El de ántes de ayer.

—¡Ah! ¿Quién sabe? Cualquiera nombre: D. Juan tal vez.

—No, D. Juan no.

—Tienes preocupaciones raras.

—Me parece ver en la fisonomía de todos la razon de su nombre, de su estado.

—Pues se llamará D. Luis, dijo Atanasia con expresión nublada.

—Tampoco.

—Pues D. Félix.

—Puede ser; me parece natural que se llame D. Félix. Distingámosle con ese nombre, que puede ser propio de un caballero galante, noble y valeroso.

—Ventajosa idea has concebido de un sujeto que no sabemos quien es, y á quien llamas caballero.

—Sólo un caballero sabe descubrirse y ceder el paso á las damas con aquel ademan. En el modo con que lleva un soldado la mano al puño de la espada conoces si es un cobarde ó un valiente. D. Félix es un caballero.

Atanasia, con voz ligeramente temblorosa, contestó:

—Es verdad; me parece un caballero.

—De prendas distinguidas. La delicadeza de sentimientos se ve en la delicadeza de las acciones. Cuando nosotras nos detuvimos, pudo pasar, y nos cedió el paso. Además se quitó el sombrero de un modo que yo no había visto nunca.

—Y, sin embargo, fué una manera tan natural...

—Aquel saludo decía:—Paso á la belleza y al luto.

—Sí que lo decía.

—Aun espresaba más: era la nobleza saludando á la nobleza y á la hermosura; porque las dos somos hermosas, Atanasia.

—Yo no, no; soy una viuda ajada por el dolor.

—No te falta más que un poco de alegría para ser hechicera.

—Nunca la tendré, porque nunca olvidaré á mi esposo. La jóven viuda se enjugó una lágrima.

—Dejemos esa conversacion, Atanasia, y hablemos de cosas alegres. ¿Qué posicion tendrá D. Félix?

—Puede ser un cualquiera.

Los colores del rubor tiñeron las mejillas de Augusta; los ojos de su hermana se secaron instantáneamente, como una gota á que se aplica un ascua.

—¿Por qué te has puesto colorada cuando te he dicho que puede ser un cualquiera?

—Yo no me he puesto colorada, contestó Augusta más encendida, inclinándose para ocultar su turbacion removiendo la tierra. Tomó un grano de trigo, que había descubierto, y se lo dió á su hermana.

—No sé cómo puedes creer que sea un cualquiera, y hace un momento decías que parece un caballero.

Atanasia miró con afan el grano de trigo:

—Ya está hinchado.

Lo partió para mirarle por dentro, y añadió:

—Mañana tendrá raíces.

No hablaron más de D. Félix.

Atanasia estaba á la ventana que da al jardin, respirando el fresco de la noche, que, aunque demasiado penetrante, no molestaba á aquel seno y aquella cabeza que se inclinaban como para salir de la alcoba, en la cual la luz de una bugía iluminaba un lecho, un reclinatorio y un Cristo agonizante de gran tamaño.

Fuera había la vaga claridad de las estrellas difundida en el espacio; dentro, la amarillenta luz artificial, que, alterando los colores de los objetos, les daba el brillo de la palidez; fuera, las moles del arbolado, imponentes por la magnitud y el silencio; en el interior de la estancia, los pequeños enseres, detallados en su diminuta superficie; fuera, un solo color, el de la sombra clara engrandeciendo el espacio; dentro, muchos colores y una claridad que empequeñece el recinto entre unas paredes que se juntan en fingido movimiento imperceptible; fuera, el cielo en que brillan estrellas sin número; dentro, un techo con un circulo de más claridad encima de la luz; fuera, el espíritu del padre Creador, flotando en el orbe; dentro, el cuerpo del hijo moribundo, clavado en la pared; fuera, el último soplo del invierno, que no penetra más allá del cútis; en el interior, el frío que helaba el lecho de la viuda. Por eso tal vez retardaba encerrarse en aquel camarote del viaje de la vida.

Atanasia hablaba sin mover los labios y sin levantar la voz, porque hablaba dentro de sí misma, otro recinto más estrecho que la alcoba.

—Tiene razon Augusta, debe de ser un caballero. ¿Y á mí qué me importa? ¿Por qué la imágen de ese hombre se me ha fijado en la memoria, sin grabarse en mi corazon? Si ahora se me apareciese y me hablase de amor, cerraría de golpe la ventana; en mí arde vivo el amor á mi esposo muerto. La última palabra de sus labios fué mi nombre; nunca te seré infiel, dijo la viuda levantando hacia el cielo la frente, que brilló al resplandor de las estrellas. No hay nadie á mis ojos más hermoso que tú, ni puede haberlo más amante que tú. Me has dejado; pero yo estoy contigo, yo no te espero; espérame tú.

La jóven quedó con la vista levantada, como esperando. Corrieron por sus mejillas lágrimas abundantes. Despues se repuso de pronto, y exclamó:

—Yo no amo á ese hombre, porque si le amase, no me alegraría de que fuese un cualquiera, un lacayo.

Atanasia, instintivamente se miraba el seno.

—Y me alegraré de que no sea digno de nosotras.

Dijo estas palabras con resolucion, y quedó meditabunda. Despues continuó, agitándose gradualmente:

—Lo que siento en mi corazon es envidia, envidia de mi hermana;... si;... no, no puede serlo: yo no me casaría con D. Félix. Pues ¿qué es? ¿Por qué me escuece el corazon cuando pienso en que puede unirse á Augusta ese caballero en quien se revela un alma escogida? Es envidia, envidia horrible, que no tiene ni la excusa de querer para mí el bien ajeno. Yo creía que la envidia era el deseo del bien que otro posee, y me aflige que mi hermana goce de felicidades que he perdido; mi anhelo es que sufra la soledad como yo. Esto es más que envidia; pero no lo deseo: mi corazon herido tiene miedo de ver la felicidad tan cerca, de ver á Augusta en la dicha del amor, enlazada con ese hombre que parece un heroe, un... ¿Y por qué no le había de escuchar si me hablase de amores?... Nunca; yo no puedo amar; le rechazaría; pero que nos deje, que se vaya

á la guerra, y que... Yo no soy más mala que Augusta para ser más desgraciada. Ese hombre absorberá todo el amor de Augusta, que ha hecho germinar con un saludo, y ya tiene raíces; y mi hermana no verá en el mundo á nadie más que á él; yo quedaré sola, sola... Esto es envidia fratricida; pero ¿por qué soy tan mala? Yo, que he sido una buena hija, una fiel esposa, una casta viuda, no puedo ser una buena hermana. Soy un monstruo compuesto de bien y de mal. Si yo amase á D. Félix, si hubiese de casarme con él, le levantaría una calumnia en los oídos de mi hermana; pero como no le amo, si lo hiciese merecería todas las penas del infierno; jamás. El mal no predomina en mí. ¡Pobre hermana; tampoco descansará á esta hora; estará pensando en D. Félix; le verá noble, grande y tierno; y yo aquí, asomada á la oscuridad y á la soledad... Quiera Dios que D. Félix sea... un payaso; pero no lo será.

Atanasia calló. En la lucha interior de sentimientos, volviéndose hacia el interior de la alcoba, fijó la vista anhelante en el Cristo, que á las oscilaciones de la llama parecía mover los labios.

—Dame fuerzas, Dios mío, para dominar este sentimiento criminal. Yo quiero desear la felicidad de Augusta, porque es mi hermana.

El corazón de la viuda latía con el mismo desorden con que la llama ondulaba en el último resto de la vela.

—Yo quiero que mi hermana sea feliz, repetía en voz más alta, como si el esfuerzo del aliento aumentase la sinceridad de las palabras. Después de un momento de inmovilidad, sacudía la cabeza del modo con que ahuyentamos un insecto pertinaz.

De repente aumentó la escasa luz, que con un tenue lamento, se desprendió de la torcida apurada. La viuda cerró la ventana con precipitación, y anduvo errante y perdida por su alcoba un largo espacio ántes de encontrar el lecho.

En una habitación desordenada, sentado en una silla

baja de vaqueta, y con los piés cruzados sobre otra, el mozo conocido por D. Félix bruñía con piel de ante y polvos una espada, hablando con ella al mismo tiempo.

—Como tu acero toledano brillan aquellos pícaros ojos damasquinos, y ya no hay remedio; los tengo clavados. Mejor; el fastidio me comía.

D. Félix frotaba de todo corazon; con la fuerza y la celeridad las venas de la mano se le hinchaban. Rendido por la fatiga de la muñeca se paró, y puso al sol la hoja, que despedía destellos deslumbradores.

—Así hiere aquella sonrisa con que me dió las gracias; fué el destello divino de una palabra celestial ahogada en unos labios de ángel.

D. Félix quedó inmóvil y risueño, mirando la punta de la espada. Cuando volvió en sí, dió el aliento á la hoja, y siguió frotando con lentitud. Una ligera nube que oscureció el sol hizo que D. Félix se volviese con interes á mirar el cielo.

—No quisiera, por cuanto hay, que lloviese;... no lloverá, es una leve nubecilla. La veré otra vez; quisiera tenerla siempre delante. De todos modos el mal está ya hecho, y trastornado el juicio para siempre: no puedo pensar en otra cosa, ni dormir. Si me quiere, seré el hombre más feliz de las Españas y las Indias, y haré de ella la esposa más querida y la más respetada dama. ¿Quién se atreverá á tocar un pliegue de su ropa? ¡Si yo pudiese enseñarle el corazon en la mano! Pero no me corresponderá; aquella sonrisa fué sólo el pago de una galantería, y estamos en paz; tal vez no vuelva á mirarme. Entónces ¿por qué Dios, que todo lo arregla bien, hizo que tropezásemos el uno con el otro? Aquella sonrisa era más que una ceremonia; pero las mujeres ¡son tan falsas! D. Félix apretó los dedos en el puño de la espada, diciendo: soy un villano en ofenderla de pensamiento; si lo hubiese hecho otro... Pero es una gran señora que habita en un palacio, y yo ¿quién soy? Un D. Alonso Rodriguez, señor de trece fanegas de tierra lindantes con Portugal. Hay que decírselo cuanto ántes, no crea que le oculto mi estado. Ni tengo por qué ocultarle; si

soy pobre, soy hijodalgo; y puedo enseñar la ejecutoria. Si apesar de eso, no me corresponde, me moriré ó me haré matar en las batallas; eso es, me hago matar de un cintarazo, y á lo ménos tendré el gusto de haber muerto de la enfermedad de la familia. Y es seguro que no me querrá. ¿Cómo es posible que se digne descender hasta un hidalguillo de aldea, que se hizo soldado por sacudirse el frío? Y tendría razon en despreciarme; la culpa será mia; pero nadie la hubiera querido como yo; se lo diré; es preciso que hable con ella esta misma noche. Y pudiera ser que me correspondiese: para el amor no hay distancias; yo tengo un regular talante y un gran corazon. Soy pobre por generoso; nunca mato al vencido ni al desarmado; jamás calumnié á una dama, ni he engañado á doncella; soy valiente, como lo acreditan tres zurcidos de cirujano. Es seguro que me querrá; por eso me mira, me devuelve el saludo y se sonríe. Si no fuésemos el uno para el otro, no nos hubiéramos encontrado allí; Dios hizo que tropezásemos para que nos mirásemos bien. No hay duda de que me ha entendido y de que me corresponde. Es indispensable que ántes de las tres me haya hecho amigo de un lacayo.

D. Alonso retiró los polvos de bruñir, y, tomando la vaina en una mano y la espada con la otra, se levantó.

—Si me corresponde, dijo pasando la hoja del acero por la manga, no tendrá que bajarse hasta mi humildad; yo subiré hasta su grandeza, y envainó de golpe la espada.

La noche era de las más claras con la luz de las infinitas estrellas centellantes en un cielo puro. Al pié de una reja se distinguía una figura con la cabeza levantada hacia los hierros. Entre éstos se movía otra cabeza inclinada hacia abajo.

—Augusta, ¿me esperarás?

—Por toda una eternidad.

—Pues yo traeré un nombre glorioso, que pueda unirse al tuyo. Cuando vuelva, nadie te preguntará quién es tu

prometido, porque mi nombre habrá llegado ántes que yo. Siento en mi corazon latidos de heroe.

—Yo pediré todos los días á la Virgen que te escude en las batallas.

—Y me amparará.

—Sí, sí; me lo anuncia el corazon.

—No te aflijas, Augusta; la voluntad de Dios ha unido nuestra suerte, y nos lo ha dejado ver.

—No sé qué siento al despedirme de tí: un dolor muy grande, pero suavizado por otro impulso consolador, casi de alegría.

—Es un presagio, Augusta.

—No me olvides ni un momento.

—Pensaré en tí en el ocio, y en la pelea repetiré tu nombre querido, acicate de mi corazon y de mi brazo; pero dame un recuerdo, como prenda de tu fe jurada.

Augusta se quitó un escapulario, y se lo entregó á su amante, que lo oprimió entre las manos para conservarle el calor del seno de que se había desprendido; despues lo besó con ardor devoto y con ardor profano, confundidos en un beso inconcebible, en que se precipitan todos los elementos de una vida.

Por un fenómeno de los lazos de la materia con el espíritu, Augusta creía sentir aquel beso, como una marca ardiente, en el punto vacío de su seno en que ántes descansaba el escapulario.

—Augusta, ¿me juras en presencia de esta Virgen del Cármen que serás mi esposa?

—Te lo juro.

—Yo tambien lo juro. Dame la mano.

Augusta se la dió al traves de la reja; D. Alonso hizo el ademan de besarla, y la rozó con las puntas del mostacho. Despues, con voz hueca para disimularla temblorosa, dijo:

—Adios.

Se hicieron un saludo con la mano, ménos embargada que el aliento. Augusta comprimía con el pañuelo los sollozos; D. Alonso, cuando se hubo hundido en la oscuridad, se enjugó una lágrima de soldado.

Augusta cerró su ventana, y rechinaron despues los goznes de otra contigua.

En la misma habitacion, á la luz de la misma ventana; pero lejos una de otra, hacían labor las dos hermanas. Augusta bordaba en oro una mantilla de caballo. De entre los finos dedos de la bordadora, al brillante resplandor de su mirada, brotaba un ramo de laurel florido, que ceñía un escudo heráldico. Todos los sentidos de la jóven estaban concentrados en aquel hilo que formaba con las hojas y los tallos de la inmortalidad una doble cifra de amor y de gloria.

En el semblante animado de Augusta brillaban claridades casi con formas de cuerpos dibujados en luz, como otros se dibujan en sombra. En el mágico trasparente del cútis, que en tension imperceptible y en reflejo misterioso se adelgaza é ilumina hasta dejar ver los geroglíficos del alma, campeaban grupos como tropeles, paños como estandartes, jinetes parecidos á Santiago, como él invulnerables y victoriosos; peones acuchillados y sangrientos, y un arcángel volando hacia un sol foco de amor.

La jóven se afanaba en su labor, que tenía el mérito de ser suya, hecha por ella, por sus manos y su vista; ofrenda, reliquia profana cuyo valor consistiría en el roce con aquel seno, en el aliento de aquellos labios, en las horas absorbidas de aquella preciosa existencia, en los pensamientos prendidos en el paño, en los recuerdos cosidos con oro. La fisonomía de la bordadora expresaba el afan, casi el éxtasis del trabajo, en que el espíritu suspenso no toca la tierra ni el cielo, y no ve más que un punto de la creacion, cuyo anchuroso espacio le sobra entero, ménos aquel puntito. ¿Qué le importaban á Augusta los inmensos llanos, los arenales, los bosques sin fin, las cordilleras que abarcan dos zonas, los océanos que bañan dos polos; de qué le servía la extension? La extension es la ausencia; el mundo es demasiado grande para el amor. Por eso le había limi-

tado Augusta á la superficie reducida de su tela, y áun en aquel pequeño cuadrado, y sin salir de él, encontraba horizontes inmensos; fenómeno del infinito que cabe en la pequeñez, ó fenómeno de la pequeñez, de que algunas almas saben hacer la inmensidad. Atanasia, á algunos pasos de Augusta, plegaba una blonda negra, gala de luto, para adornar tal vez aquellas sienas también de luto, como si reflejasen el color del velo. Cuando la aguja no mantenía en tensión la seda, fluctuaba en ondulaciones, por la agitación del pulso. La mirada de la viuda iba de sus blondas á la mantilla y á la frente de Augusta. Atanasia lo veía todo; sin distinguir nada lo comprendía todo con esa perspicacia que aguza el oído del enfermo para sorprender su pronóstico, el tacto del ciego para distinguir hasta los colores, la vista del sordo para ver las palabras en los labios.

Cuando miraba á Augusta, por la frente de Atanasia pasaban nublados negros, oleadas de humo. Todo el cuerpo de la viuda se ponía rígido, tirante; se estremecía en un temblor imperceptible, como el que produce el paso de un carruaje. La jóven cerraba los ojos; después los dirigía á otro punto, y su rostro empezaba á serenarse. En uno de esos momentos, mirando á su hermana con afán, le dijo:

—Descansa, descansa, y ayúdame.

Augusta al volver de su enajenación sólo oyó la última palabra ayúdame, y alargó la mano para tomar las blondas de Atanasia, que palideció.

—¿Qué quieres, por qué me tomas mi labor? sigue en la tuya.

En el tono y en la voz de Atanasia vibraba la impaciencia reprimida.

—¿No me has dicho que te ayudase?

—Pero no en la labor: no están bien entre tus manos encajes de luto. La prometida del más famoso capitán de esta guerra, de un héroe, no debe tocar paños negros, emblemas del dolor y la viudez.

—Hermana, hay en tu acento una hiel que me asusta y que no había notado en ti. Me parece que sientes mi unión con D. Alonso. ¿Has visto en él algo que le haga indigno de mí.

—Nada, nada: es noble por sus antepasados y por su corazón, y con su brazo ha añadido esplendor á su linaje.

—¿No te parece que puedo estar orgullosa?

—Sí.

—¿No te parece que D. Alonso es digno de mucho amor?

—Sí.

—¿No crees que seré feliz con él?

—Sí.

Este sí era un tenue silbido que no so sabía en que punto de la habitación sonaba. Podía salir de entre las yerbas de la alfombra; podía nacer en los canelones de cristal de la araña, ó entre unos dientes de marfil que ostentaba un sátiro de la pared en una risa francamente irónica.

—Sólo me turba la dicha el temor de que muera en la última batalla, ahora que se concluye la guerra.

—No morirá. Sigue tu bordado, porque se aproxima el día del regreso, en que esa mantilla ha de cubrir los lomos del caballo vencedor, cuando D. Alonso éntre cubierto de gloria.

—Y tal vez esté dando el último combate. Atanasia, oremos por él.

—No es necesario; su fortuna rechaza el plomo, como las escamas del cocodrilo.

—Pero puede faltarle un momento la fortuna.

—Le escudaría aquel escapulario que le diste.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Nadie. He notado que no lo llevabas en el cuello.

—Se lo dí, y le salvará de los peligros.

—Si no lo recibió como prenda de amor profano.

—Yo se lo dí con el pensamiento en Dios.

—¿Y sabes cómo lo recibió?

—Me haces temblar.

—¿No sabes si el beso que dió al escapulario iba dirigido á tí, ó á la?...

—Me pareció sentirlo aquí...

—¡Un beso sacrílego en la santa imágen!

Las mejillas de Atanasia brillaban como si en aquel momento se despojasen de la palidez del dolor; la cabeza

de Augusta temblaba sin apartar los ojos estáticos de los de su hermana, que bajó los suyos. De repente Augusta, recobrando la tranquilidad, exclamó:

—Te gozas en atormentarme, augurándome desdichas.

—No, no, créeme.

—Lo conozco, no puedes ocultarlo; pero todo son mentiras, mentiras.

Atanasia palideció.

—Mi dolor de viuda me hace presentir siempre desgracias. Tranquilízate; mañana entrará triunfante por en medio de una multitud que aclamará al vencedor, y las damas todas, solteras, casadas y viudas te mirarán con envidia.

Augusta había levantado la vista al cielo con un destello de esperanza, y no vió la expresion plomiza del semblante de la viuda.

Augusta, apoyada en un velador, tenía la cabeza entre las manos, ocultando el semblante. Atanasia desgranaba una espiga.

—Tú sembraste el trigo, y yo he tenido que recoger la cosecha.

—En vano te esfuerzas en distraerme, nunca ha tardado tantas horas en enviarme noticias.

—La impaciencia te hace parecer más largo el tiempo.

La conversacion quedó cortada. En el profundo silencio, los granos de trigo, al caer de los dedos de Atanasia hacían sobre la tabla un ruido semejante al del granizo.

—Mira, Augusta, aquella semilla ha germinado en granos hermosos, en granos mezquinos y en granos de carbon, dijo Atanasia mirándose los dedos ennegrecidos; ha germinado de tres modos diferentes.

Augusta dirigió maquinalmente la vista al velador.

En aquel momento oyeron un roce en la puerta de la sala, y las dos jóvenes se levantaron como si el picaporte fuese el muelle de sus movimientos. La puerta se abría con lentitud; las dos hermanas estaban inmóviles, sin alien-

to, sin latidos, cerrado el corazón, en una ansiedad que produciría la parálisis si se prolongase. La duda es mucho más terrible que la realidad; aquella no tiene fondo, es inmensurable, el dolor sin medida iluminado por una chispa de esperanza; es el rudo choque de la felicidad y la desesperación, que hace temblar la materia y el espíritu; la duda produce en el alma la mortal ansiedad del asmático en el momento en que, faltándole la respiración, empieza á ver corrientes de sangre y monstruos de oscuridad. La realidad es un golpe, una herida limitada por profunda que sea. El que la recibe se lleva las manos á ella, la oprime, se hunde los dedos, se retuerce; pero, á diferencia de la duda, el dolor se agota; sobrevivimos á un dolor de treinta años, y nadie sobreviviría á una ansiedad de treinta horas. La puerta se abría lentamente, como si el que la empujaba tuviese miedo. Después de una eternidad de diez segundos, apareció un capitán de aspecto rudo, ajado por el polvo, descompuesto por los golpes y la fatiga. Sobre las ásperas facciones, en las ropas descoloridas y desencajadas, en los miembros caídos del recién llegado, se extendía un gran luto que anticipaba la fúnebre noticia.

Augusta se lanzó hacia el capitán, exclamando con un tono que no tiene signos en la escritura:

—¡Nuño!...

Nuño conocía que le abandonaba el valor que no le faltó en el combate, y oprimía los labios para contener dos lágrimas que sentía subir, y casi ya en los ojos.

Con la mano izquierda en la empuñadura de la espada, en actitud de apoyarse instintivamente, sacó del seno, envueltas las cintas en los dedos velludos, un escapulario agujereado y rojo de sangre. Augusta lo arrebató de la atezada mano, que permaneció un momento suspendida y temblorosa.

Augusta miraba el escapulario con la inmovilidad del estupor.

Atanasia se oprimía el corazón con las dos manos. Su semblante brillaba, despedía una luz que no podían ahogar

las arrugas amontonadas de la frente, las facciones contraídas para hacerse opacas.

Augusta volvió la vista anhelante á su hermana, y al ver aquella expresion, reflejo de una llama de color desconocido, dió un grito, y cayó inerte.

El altar de la espaciosa capilla era un sepulcro. Por debajo del encaje de los manteles se veía la figura de mármol de un guerrero que oprimía un estandarte.

Delante del altar oraba, inmóvil como la figura de piedra, una hermana de la caridad. Despues de mucho tiempo, se movió, arrolló el rosario, y lo guardó. Juntando las manos delante del seno, y con la vista elevada á la Virgen del Cármen, dijo lentamente, en voz alta y con acento tranquilo:

—Madre, por un santo misterio, aquel saludo germinó en un heroe que murió invocándote y que descansa debajo de tu altar, en un... que ha huido de mi lado, en una pobre hermana de la caridad, que te ofrece todos los días este hospital para los enfermos por llagas y heridas. Bendice mi amor á todos los que padecen, y vuelve los ojos misericordiosos á mi hermana para fortalecer su corazon.

FRATES.

ALGUNAS OBSERVACIONES

SOBRE LA ORNITOLOGÍA AGRÍCOLA DE LAS BALEARES,

POR D. LUIS POU, CATEDRÁTICO DE AGRICULTURA.

I.

Asociándose el autor de esta obrita á las simpatías generales que se revelan en toda España á favor de la Agricultura, ha juzgado oportuno publicar la Memoria que en 1871 presentó á la Junta de Agricultura de esta provincia, para dar cumplimiento á una circular de la Direccion general de Agricultura, reclamando con urgencia un *Catálogo detallado de las aves que conviene conservar como beneficiosas á la Agricultura, y de las que es preciso destruir como nocivas.*

Como se vé, el tema es preciso y claro; y toda vez que el Sr. Pou ha dado á luz su Memoria con el laudable celo de disipar las fatalísimas prevenciones que abrigan muchos contra los pájaros, y atenuar la cruda guerra que se les hace; vamos á examinarla imparcialmente como obra didáctica y de aplicacion á los intereses agrícolas de esta provincia.

Lamentando el autor con vehemencia la injustificada persecucion de las aves, esclama: «En España no faltan »leyes protectoras de la caza;» y cuando esperábamos que bien enterado de ellas, elevara su voz por el olvido ó ineficacia de dichas leyes, tropezamos con la frase siguiente: «Las leyes de caza son observadas y mandadas observar »con un rigor y escrupulosidad elevadas á la última potencia.» Al leer tan sentidas palabras, creimos que nuestra legislacion autorizaba toda clase de abusos y desmanes contra los inocentes pajarillos, protegiendo únicamente, segun indica el autor á renglon seguido, á las liebres y conejos.

Figúrense los lectores cual seria nuestra sorpresa al leer en el art. 10 de la ley vigente: «Se prohíbe cazar en »los días de nieve y los llamados de fortuna, etc.:» y en el art. 11: «Se prohíbe cazar en todo tiempo con hurones, »lazos, perchas, redes y reclamos machos. De esta regla »general se exceptúan las codornices y demás aves de paso, »respecto de las cuales se permite cazarlas durante el tiempo de su tránsito aunque sea con redes y reclamos.» Véase pues como la ley no solo protege á las liebres y conejos, como quiere dar á entender el Sr. Pou, sino á todas las aves que no sean de paso; siendo de sentir que en lugar de zaherir á ciertas clases y sociedades, no aprovechara el autor tan favorable ocasion para reclamar, en nombre de la Junta que se fijara claramente el significado, algo elástico, de *Aves de paso*, que da pretesto á muchísimos abusos, y se consignara terminantemente en la ley de caza la absoluta prohibicion de quitar los huevos ó los polluelos de sus respectivos nidos; desmanes á que se dan con sobrada frecuencia los pastores y los muchachos de las villas y aldeas.

Para demostrar la utilidad é importancia de las aves se remonta el autor hasta los caldeos, griegos y romanos, luciendo una estéril erudicion. Cuánto más provechoso hubiera sido para inspirar á los agricultores respeto y simpatía hácia los pájaros, emplear la página 6^a llena de nimiedades mitológicas, en revelarles la prodigiosa fecundidad de los insectos: manifestarles con la irresistible lógica de los guarismos, los estragos que causan estos á sus cosechas, estragos ante los cuales permanece el hombre desarmado é impotente, siendo el pájaro el único medio para librarse de tan insidiosos enemigos; enseñándoles á continuacion que una golondrina consume 300 insectos por dia; que un carbonero (*Ferrerico*) destruye 200,000 larvas ó gusanos en un año, y que una sola nidada del mosquitero (*Uy de bou*) á quien tan injustamente ha olvidado el señor Pou, necesita por espacio de quince días 700 insectos diariamente sin contar los que consumen los padres...

Se conocen en Europa 500 especies de aves, de las cuales registra actualmente la Ornitología Balear 225, consig-

nadas en obras de autores nacionales y extranjeros, de los cuales es de suponer tuviera conocimiento el autor de la Memoria que vamos analizando. Sin embargo, á pesar de que la Direccion General de Agricultura reclamaba un *Catálogo detallado*, enumera su autor únicamente 80 especies: 52 especificadas científicamente y 28 con los nombres genéricos castellanos. Cada género ó especie va seguida del nombre mallorquin; pero como muchas de estas aves llevan en Menorca y en Ibiza nombres vulgares muy diversos de los nuestros, dará lugar tan lamentable omision á que aquellos isleños se queden con frecuencia á oscuras al consultar dicha Memoria.

Divide el autor las aves comprendidas en su obrita en *útiles, nocivas y mistas*: este último calificativo nos parece poco acertado, por cuanto aplicado á las aves tiene en el Diccionario de la Academia un sentido concreto, que designa el *pájaro procreado por dos especies*. (*Mulato* en Mallorca).

Coloca el autor con poco acierto entre las mistas á todas las rapaces diurnas conocidas en estas islas (sin especificarlas, segun previene la circular consabida), alegando razones tan débiles, que juzgamos inútil refutar, limitándonos á copiar el siguiente párrafo de un celebrado informe sobre la ley de caza, modelo de ciencia, de discrecion y de buen decir, presentado al Senado francés en 1861, y fundado en los trabajos de Geoffroy Saint-Hilaire y de Florencio Prevost.

«En la primera clase, dice el citado informe, colocarémos á las aves decididamente nocivas, indirectamente al ménos, por cuanto destruyen muchísimos pájaros insectívoros: son en el orden de las *rapaces*, casi todas las diurnas, y en el de las *omnivoras*, los cuervos y las urracas y cornejas, (incluidas tambien por el Sr. Pou entre las mistas). En esta proscripcion en masa, exige sin embargo la justicia una honrosa excepcion á favor del *Halcon montano* y del *Halcon abejero*, (1) de los cuales cada individuo destruye anualmente 6,000 ratones.»

(1) Desconocidos por ahora en estas islas.

Por sus afinidades con las rapaces hablaremos del Alcaudon real (*Rébora* en Menorca) y del Alcaudon rojo (*Capæriga*), incluidos tambien entre las mistas por nuestro autor, con aspiraciones á la clase de las útiles. Tampoco podemos asentir á semejante opinion; porque, segun advierte un respetable autor contemporáneo, «cualesquiera sean los servicios que nos prestan los Alcaudones ó Pegarebordas consumiendo insectos, los juzgamos decididamente nocivos, y los entregamos sin remordimiento á la vindicta pública. Cuanto más atentamente observamos sus costumbres, más nos convencemos de que este tipo es un insaciable destructor de avecillas, y sobre todo de huevos y de pajarillos nacientes: que en verano dá caza á los insectos, sea! pero en la primavera alimenta á su nidada únicamente con el pillaje de los nidos de las débiles avecillas que pertenecen á las especies insectívoras por excelencia.»

Su valor y su crueldad los habian hecho colocar ya entre las aves de rapiña. «En efecto, añade otro autor moderno, los Alcaudones persiguen á las aves pequeñas y se defienden de las grandes; pero su ruindad es proverbial; y se les vé, aun despues de bien hartos, cazar todavía y desgarrar á los pajarillos, que trasportan y dejan luego ensartados en los zarzales y espinos; para utilizarlos oportunamente como alimento.»

Recomendamos á nuestros agricultores que fijen su atencion en los anteriores párrafos, y no se dejen seducir por la palabra *mistas*, aplicada á las rapaces diurnas, que implica tolerancia y acaso proteccion para esos eternos devoradores de toda clase de aves, de corderos y cabritos (Buitres y Águilas Reales) y de toda clase de peces (Águilas pescadoras). Lo mismo decimos respecto de los Alcaudones, pertinaces verdugos de aquella muchedumbre de pájaros insectívoros, que son la segunda providencia de la agricultura y arboricultura.

Al tratar de las palomas que viven en el estado salvaje en nuestra isla, escribe el Sr. Pou lo siguiente: «Se cree vulgarmente que la paloma campesina causa perjuicios en

»nuestras sementeras, y bien que esto sea muy controver-
 »tible; pues no comen más granos que los que han quedado
 »al descubierto ó á muy poca profundidad, y solo antes de
 »germinar; en cambio todo el año se alimentan de otras
 »semillas perjudiciales, y su carne, y sobre todo su excre-
 »mento es de un gran provecho.» (1)

«Colocaríamos, añade el autor, las palomas en la sec-
 »cion de las *mistas*, si los perjuicios que pueden ocasionar
 »durante ciertas temporadas fueran de tal importancia que
 »se equilibraran con los beneficios de todo el año, y que
 »fuera costoso preservarse de tales daños; pero como así
 »no sucede, debemos con justicia colocarlas en la seccion
 »de las útiles.»

Seguros estamos de que la mayoría de nuestros agri-
 cultores no participará de las ideas consignadas en las an-
 teriores líneas; pero por si alguien abrigara alguna duda
 acerca de los perjuicios que causan á los cultivos las palo-
 mas salvajes y domésticas; copiaremos á continuacion las
 atinadas observaciones de un ilustrado observador y na-
 turalista.

«La paloma torcaz (*Tudó*), se alimenta de guisantes,
 »habichuelas, trigo, habas, nabina y bellotas; de hojas tier-
 »nas y de yemas y hasta de fresas silvestres. Basta esta
 »enumeracion para dar á comprender que no es ménos no-
 »civa que la paloma doméstica. Las huertas de las granjas
 »aisladas y próximas á los bosques se hallan devastadas
 »por las *Torcaces*, que tienen una irresistible inclinacion á
 »los guisantes enanos, sobre todo cuando están á medio
 »germinar, y que desentierran con avidez. La Zura ó palo-
 »ma campesina (*Xixella*) es tambien una pillastrona de la
 »misma ralea, que vive de igual manera; y la paloma sil-
 »vestre ó de peñas (*Colom sauvatje*), origen de nuestras
 »razas domésticas, es tan nociva como sus primas y sus
 »descendientes domésticas! Motivos hay para darles caza y
 »aprovechar su carne muy sabrosa, en compensacion de
 »los perjuicios que ocasionan.»

(1) Difícil nos parece aprovechar el excremento de la paloma
 campesina, por ser ave de paso en estas islas.

Por esto dispone muy oportunamente nuestra ley de caza en los artículos 21 y 22, que los dueños de palomares, los tengan cerrados en octubre y noviembre, para evitar los daños que puedan ocasionar en las sementeras: prescribiendo la misma obligación, durante la recolección de las mieses, desde 15 de julio hasta 15 de agosto, é imponiendo á los contraventores la multa de 100 reales y pago de perjuicios.

Diciembre 6 de 1876.

F. BARCELÓ Y COMBIS.

ELS POETES.

(SONETO.)

—Els poetes son àngels que pecaren
Y que Deu per castích al mon destèrra,
Y que viuen açí en perpetua guèrra
Després que de sa patria s' allunyaren.

Per compasió les ales els deixaren,
Que pera res serveixen en la tèrra,
Ahont en lo fanch la planta se sotèrra,
Y ahont, pobres desterrats, els s' anyoraren.—

Oh, tú, que portes d' òr les trenes soltes,
Que punida, como jo, vius en desvel,
Qu' ab mí les veus de nostra patria escoltes

Qu' amunt mos criden ab dolçor de mel;
Deixa lo mon ab mí; com altres voltes,
Obrím les ales y envolemse al cel.

Valencia.

JACINTO LABAILA.

MARINA.

Solo anuncia la mar que está vecina,
 El romper de una ola y otra ola;
 Fugaz centella el piélagó ilumina,
 Y torna á unir el cielo y la marina
 Una tiniebla sola.

¿Eres farol ó estrella luz que brillas
 Del cáos negro en el confin lejano?...
 ¡Ah! ¡No tembléis, que es grande el oceano,
 Mas no tiene como él fondo ni orillas,
 El pensamiento humano!

JUAN ALCOVER.

EPITAFIOS.

«El médico don Valero
 Descansa aquí.» Desde entónces
 Descansa el sepulturero.

~~~~~  
 Aquí están dos estudiantes  
 Que estudian lo mismo que ántes.

LEON CARNICER.

## EPIGRAMAS.

(Traducidos del italiano.)

Llama á la muerte Villena,  
Y se resiste á cumplir  
Lo que su médico ordena;  
Luego no quiere morir.

Celebro que, á tus años,  
Siendo tan viejo,  
Te mires todo el día,  
Juan, al espejo;  
Que es muy prudente  
De la muerte la imágen  
Tener presente.

—Cayó un día al mar Rufino,  
Y no se ahogó.—Hombre, lo dudo.  
—No se ahogó; el agua no pudo  
Entrar donde estaba el vino.

—¡Jesus! ¡Qué flaca está Lidia!  
—¿Cuándo fué gorda la envidia?

—«Llanos, he *comprao* borrico.»  
Le abraza su amige Llanos,  
Y dice:—*Malegro*, chico;  
Tambien tengo uno entre manos.

LEON CARNICER.

## MISCELÁNEA.

---

En una de las últimas veladas de la Real Academia de la Historia, el distinguido académico D. Pedro de Madrazo leyó un bien escrito y concienzudo informe relativo á un trabajo de mucha importancia para el estudio de la legislación foral y de la historia de la libertad civil en las provincias Catalanas, en los primeros tiempos que siguieron á la reconquista. Lamenta que el espíritu de provincialismo, cuando no está ilustrado por la luz que arrojan los documentos paleográficos y diplomáticos, caiga en frecuentes exageraciones, y ofreció en prueba de su aserto datos incontestables, que demuestran que la independendencia de Barcelona en los tiempos de Wilfredo el Velloso estaba limitada por notables y evidentes restricciones.

Deseamos que se publique un trabajo tan interesante que lleva por garantía el reconocido mérito del Sr. D. Pedro de Madrazo, miembro de las tres academias, de la de Historia, de la Lengua, y de Bellas Artes de San Fernando.

\* \* \*

La sociedad Geográfica de Madrid, que ha perdido su primer presidente con el fallecimiento del Excmo. Sr. Don Fermin Caballero y Morgaez, ha nombrado para ocupar su puesto al Excmo. Sr. D. Francisco Coello, cuyos incesantes trabajos, vasta instrucción é incansable celo le hacen digno de tan noble distincion. Por su iniciativa ha inaugurado la sociedad una serie de conferencias en que toman parte viajeros y personas distinguidas por sus conocimientos geográficos.

En la conferencia del 16 de Diciembre, última del año pasado, el socio fundador D. Francisco Fernández Gonzalez trató de los progresos de la geografía entre los árabes y de los viajes que los de la península Ibérica hicieron á la China, á la India y al interior del Africa.

Presenta, con documentos y testimonios fehacientes, á los españoles como maestros de los europeos en el uso de la brújula, desde el siglo X; como editores de planisferios, que fueron copiados ó imitados en toda la Europa latina en los siglos XII y XIII; y como valientes exploradores del Océano Atlántico, demostrando que llegaron á la China y á la India los valencianos y los cordobeses ántes que Marco Paulo y los marinos lusitanos. Sostiene el Sr. Fernandez Gonzalez que como tradicion de los conocimientos geográficos de los muslimes, aparece en el siglo XIV en los mapas de mallorquines y catalanes el nombre de Tambucto, ciudad del interior de África, que tanta gloria ha producido á sus modernos visitadores Caillié y Dr. Barth.

La Sociedad Geográfica de Madrid, constituida recientemente, posee elementos de prosperidad, y se esfuerza en llenar cumplidamente su mision, en unos estudios á que hoy dan las naciones toda la importancia que merecen.

\* \* \*

## CONSISTORI DELS JOCHS FLORALS DE BARCELONA.

CONVOCATORIA PERA 'LS DEL PRESENT ANY

(XIX<sup>e</sup> DE LLUR RESTAURACIÓ.)

Desitjosos de cumplir la comanda honrosa que 'l respectable Cos d' Adjunts se digná fernos en sessió ordinaria del dia 11 del mes de novembre darrer, anunciám la celebració dels JOCHS FLORALS DE 1877, los que, inseguint l'esperit de la Institució y la costum bèn establerta, serán regits per lo següent

### CARTELL

Lo dia 6, primer diumenge del mes de maig vinent, s'

adjudicarán en la prenomenada festa poética los següents premis ordinaris,—qu' acostuma á costejar l' Excm. Ajuntament d' esta ciutat,—y 'ls extraordinaris oferts per las honorables Corporacions y entitats que més avall se dirán.

PREMIS ORDINARIS.

ENGLANTINA D' OR. Otorgada será al qui haja trovat ab més acert sobre qualsevol dels fets històrichs, usatjes ó costums de la Terra Catalana, preferintse, en igualtat de mérit, la poesia escrita en las formas narratives de romanç ó llegenda.

VIOLA D' OR Y PLATA. Se 'n ferá present al autor de la mellor composició lírica, sia religiosa ó be moral.

FLOR NATURAL. D' est *premi d' honor y cortesia* mereixedor ne será qui resulte esser autor de la més inspirada poesia sobre tema que 's deixa al bon gust dels trovadors.—Lo qui obtinga aquest premi se servirá ferne present á la dama de sa elecció, la qual, proclamada *Reyna de la Festa*, com d' antich s' acostumava, voldrá entregar los restants premis als qui 'ls hajan guanyats.

PREMIS EXTRAORDINARIS.

COLECCIÓ COMPLETA DELS MÉS CELEBRATS POEMAS ANTICHS Y MODERNS. Ofereix aquest premi la Exma. Diputació provincial de Barcelona al autor del *poema* que reunesca més estimables condicions.

BALLESTA D' OR. Al autor de la mellor *Oda á 'N Dalmau de Creixell*, ab motiu de la part que prengué en la batalla de las «Navas de Tolosa», li será concedit est premi assignat per la Exma. Corporació de la provincia de Girona.

LLIRI DE PLATA DE TRES FLORS. No adjudicada en l' anterior certámen, torna á oferir esta joia la Exma. Diputació provincial de Lleyda al qui componga la mellor *poesia que cante qualsevol dels fets que componen la Historia de Lleyda ó de sa provincia*.

ROSA D' OR Y PLATA. S' entregará aquest present de la Exma. Corporació provincial d' Alacant al qui haja treta una *Cansó del trevall* que, á son mérit literari, unesca més eminent caràcter popular.

MEDALLA DE PLATA. A qui resulte haver escrit en prosa catalana lo mellor *estudi crítich* sobre 'l següent tema: *Teatre Catalá. — Sas Tradicions. — Son estat actual. — Fins á hont es convenient son conreu*, s' entregará aquell premi del «Ateneo Barcelonés», ja qu' en l' anterior concurs sóls fou concedit un accéssit.

PLOMA D' OR Y PLATA Y TÍTOL DE SOCI DE MÉRIT DEL «CENTRO DE LECTURA» DE REUS. Guanyará una y altra distinció, no concedidas en lo prop-passat concurs, l' autor de la mellor *poesia que cante un assumto referent á Reus, ó que tinga relació ab la mateixa ciutat*; y, en defecte de composició especialment acreedora al dit premi, lo Consistori ferá us de l' autorisació ilimitada ab que la Societat ofertora l' ha honrat, discernint aquell á la poesia que 'n crega condigne.

COLECCIÓ D' OBRAS TRIADAS ORIGINALS DE CELEBRATS ESCRITORS. La Redacció de la Revista catalana «La Renaixensa» ofereix aquest premi al autor de la mes bella *narració* ó del mellor *aplech de narracions d' epissodis catalans del segle actual* en que 's done més importancia á la part imaginativa que á la de investigació y crítica històrica.

A més dels enunciats premis podran ésser concedits ACCÉSSITS Y MENCIONS HONORÍFICAS, segons lo resultat del certámen.

Las composicions deurán ésser inéditas y escritas en antich ó modern catalá literari d' est Principat, Mallorca ó Valencia, ó en qualsevol dels dialectes de nostre idioma, ab tal que 'ls autors, evitant l' influencia d' altrás menas de parlar estranyas al país de la llengua d' Oc, procuren escriurelas de la manera més semblant al antich provensal ó catalá literari.

S' adressarán las composicions al Secretari d' est Consistori—carrer de Trafalgar, número 28, pis baix, porta

segona, —avans del mitjdia del 1 d' abril vinent, acompanyada cada una d' un plech clos que contindrà 'l nom del autor y durá en lo sobrescrit lo títol y lema corresponents á la mateixa.

Los plechs ajuntats á las obras no premiadas serán públicament cremats, després d' oberts los que correspongan als autors premiats y de proclamarse 'l nom d' aquestos.

Lo Consistori 's reserva per durant un any la propietat de las obras premiadas.

Fou escrita y firmada la present en la ciutat de Barcelona, lo dia 1 de janer del any 1877 per los set Mantenedors.

ANTONI ROS DE OLANO, *President*. — GONZALO SERRA-CLARA. — VICENS BOIX. — FRANCISCO MIQUEL Y BADÍA. — ANDREU BALAGUER Y MERINO. — JOSEPH BLANCH Y PIERA. — JOAQUIM RIERA Y BERTRAN, *Secretari*.

\* \*  
\*

Ha presentado su discurso de Recepcion en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando el académico electo D. Francisco Fernandez Gonzalez. El tema elegido es: La influencia de lo real y de lo ideal en el Arte.

\* \*  
\*

Tambien ha presentado su discurso en la Academia Española D. Pedro Antonio de Alarcon.

\* \*  
\*

Parece fuera de duda que el dia 21 del corriente tendrá lugar en el santuario de Miramar la proyectada fiesta religiosa en celebridad del sexto centenario de la fundacion del colegio de Ramon Lull; habiéndose aplazado para el 25 la solemnidad literaria destinada á conmemorar el mismo acontecimiento.

A su tiempo publicaremos una reseña detallada de estas festividades.